



José Tomás de Cuéllar

Una cocota

Fue preciso a don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Después de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordón de la campanilla.

Salió una criada.

-¿Está en casa... la señora?

-¿Trae usted tarjeta? -le preguntó la criada.

-Se entra aquí con boleto -pensó don Aristeo-. ¡Tarjeta! -repitió-; no, no traigo tarjeta.

-¿Su nombre de usted?

-Me llamo Aristeo.

-Voy a avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato volvió, diciendo:

-Que no lo conoce a usted la señora, que le mande decir lo que quiere.

-Es muy largo -dijo maquinalmente don Aristeo-; dígame usted que vengo de parte de mi compadre Sánchez.

Volvió a desaparecer la criada, y un segundo después se abrió ante don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Kitty.

Esta aparición hizo en el rostro de don Aristeo el efecto del cardillo, y estuvo a punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy

lejos de esperar; se le olvidó completamente su prevención contra la inmoralidad de la cocota, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

-Pase usted, caballero -dijo Kitty en buen español, aunque con un acento ligeramente inglés.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

Kitty se adelantó para guiar a don Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Kitty se sentó en un gran sillón de metal, e indicó a don Aristeo que tomara asiento en el sofá.

Don Aristeo tenía en las manos su sombrero, su bastón, sus guantes y su pañuelo, pero no se acordaba de ninguno de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podía quitarle la vista a Kitty.

Era efectivamente hermosísima la cocota; su cabellera casi blanca estaba tan artísticamente rizada, había tal gracia en aquel agrupamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interesantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan majestuoso como una corona imperial.

Era una mujer de alabastro, porque sobre la tez blanquísima de las hijas del Norte, todavía había alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacían presentir la presencia de no sabemos qué rosas encantadas, así como en los labios de Kitty se presentía el beso que parecía haber anidado allí, sobre aquel granate, junto a aquellas perlas, en aquel botón de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habían de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego y la humedad miel.

Kitty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace a uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Kitty.

Don Aristeo tenía trabada la lengua; y luego que, desde que había penetrado allí, había percibido un aroma tan exquisito, un olor a flores o a ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que don Aristeo dilatava las ventanas de su nariz para oler más, como dilatava sus pupilas para ver más y más a aquella aparición verde.

Lo único que no podía hacer don Aristeo era hablar.

-¿Usted es padre de Sánchez? -preguntó Kitty con una voz que le pareció a don Aristeo cajita de música.

Don Aristeo primero tragó, después tosió, y no seguro de que a pesar de esas dos cosas le saldría la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

-No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de don Aristeo que a él mismo le pareció que otro era el que había contestado por él.

Kitty empezó a mecerse en el sillón, y como don Aristeo a su pesar tenía la vista clavada en los ojos de Kitty, a los pocos momentos empezó a sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel

movimiento le imprimía todavía algo más de fantástico y aéreo.

Ketty tenía una mano cerca de la mejilla; ¡pero qué mano!, era una mano modelo, blanca también como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; ¡era una mano tentadora!

Don Aristeo pensó:

-¿Si me dará la mano?

Se vio tentado de retirarse, sólo por hacer la prueba.

-¿Qué dice Sánchez? -preguntó Ketty.

-Está enfermo -se apresuró a contestar don Aristeo.

-¡Pobrecito de Sánchez! ¿Qué tiene?

-Dolor de costado... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir a la calle.

-¿Pero está muy malo entonces?

-No, no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorría con una mirada impasible a don Aristeo, y acaso como mujer de mundo ya había comprendido el efecto que causaba.

-¿Es usted americana, de Norte América?

-No, señor, nací en Francia, pero desde niña vivo viajando.

-¡Viajando!

-Sí, señor; el mundo es para verlo.

-Es cierto -dijo don Aristeo, y agregó para sí-; yo nunca he salido de Oaxaca.

-Yo también quisiera viajar -continuó don Aristeo-; no conozco el mar, ni París. ¿Es bonito París?

-Hoy está feo.

-¿Y le gusta a usted México?

-Puede llegar a ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero a otras partes, aquí sólo se hace pero no se gasta aquí.

-Efectivamente, señorita.

-¿Usted tiene minas?

-Sí -dijo resueltamente don Aristeo-, quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de moverse en el sillón.

-¿En Pachuca?

-En Pachuca, sí señorita, y en Guanajuato.

-¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, París, Londres, Berlín, ¡oh!, es muy hermoso todo y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh, es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

-Sí, señorita, yo voy a viajar; ¿y a dónde me aconseja usted que vaya primero?

-Primero a los Estados Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; después vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; después a Saint Nazaire y a París, y luego a Londres, en fin, se debe ver todo.

-Y dígame usted, señorita, ¿usted tiene familia?

-¡Ah!, sí, sí.

-¿Y está?...

-En New York; pero yo estoy independiente.

-¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

-¡Ah!, sí, sí... diez años.

-¡Diez! -exclamó don Aristeo.

-Mis hermanos también viajan; uno está en el Japón, otro está en la expedición inglesa al Polo, una hermana está en Lisboa y otra en Río Janeiro, y yo en México a su disposición -dijo Ketty echando a don Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

A don Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera sido una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

Don Aristeo seguía viendo con una atención casi inconveniente la cara y la mano de Ketty.

Ésta, por su parte, estaba ya segura de que algo muy hondo se había insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada; la criada se parecía mucho a doña Felipa; tenía un vestido igual e iguales maneras.

Como don Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron a turbarse.

La criada traía una gran charola que casi no cabía por la puerta, y sin consultar a su ama colocó aquella charola sobre una mesita que estaba junto a Ketty.

Había en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamón de Westfalia, queso inglés, unas jaletinas, frutas secas y pan.

Después puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

-Usted se va a... -dijo don Aristeo parándose.

-Usted tendrá la bondad de tomar el lunch.

-Señorita... yo no acostumbro -y pensó don Aristeo-. Me va a convidar a almorzar; ¿qué dirá mi compadre? ¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, o tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca?

-¿Usted no toma el lunch?

-Señorita... acompañaré a usted.

La criada acercó la mesa de modo que don Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dio a don Aristeo.

-¿Le sirvo a usted, señorita?

-Gracias -dijo Ketty cortando un pedacito de queso.

Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para don Aristeo.

-¡Salud! -murmuró Ketty apurando su copa.

-¡Salud! -repitió don Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso y don Aristeo la imitaba.

Se le estaban yendo los ojos tras el jamón, pero temía parecer glotón si comía carne a tales horas, y se limitaba a su pesar a imitar a Ketty.

Bastó a don Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse más

expansivo.

-He tenido una agradable sorpresa en conocer a usted, señorita -dijo.

-¿Por qué?

-Ya sabía que era usted muy hermosa, ¡pero no tanto!

-¡Ah, señor, gracias!

-Positivamente, señorita, es usted la mujer más hermosa que he conocido, con razón mi compadre... mi compadre la quiere a usted mucho.

-¡Pobrecito de Sánchez! -volvió a decir Ketty.

-¿Y... no se vuelve usted a Europa?

-Sí, señor.

-¿Pronto?

-Tal vez.

-Quédese usted.

-¡Ah, no señor!, ya he vivido mucho en México.

-¿Y Sánchez?

-Él me ha dicho de venir también conmigo.

-Mejor será que usted se quede, señorita.

-Usted puede viajar también.

-Sí, efectivamente -dijo don Aristeo acordándose de que no tenía un centavo.

Las resoluciones de don Aristeo habían encontrado una contrariedad que no esperaba.

No tenía valor para afrontar la cuestión de trabajar contra Sánchez; y hasta llegó a encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los trescientos pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sánchez, y aquella mujer realmente tenía algo que nunca había visto don Aristeo.

De esta consideración pasó a la de su miseria, que por primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

-Por otra parte -pensaba don Aristeo-, si yo le he de hacer la guerra a mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio más que por el amor; pero eso es imposible.

-¡Ay, señorita, si yo fuera joven!...

-¿Qué haría usted?

-Procurar que me amaran.

-Debe usted tener quien lo ame.

-¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quién me ha de querer a mí? El amor es para los jóvenes.

-Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar a don Aristeo, le entristeció más.

-Pero ¿sería posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar a un hombre... así, que no fuera joven?

-Ya lo ve usted, yo amo a Sánchez.

-Sí... es verdad; y entre mi compadre y yo... en fin, no hay mucha diferencia.

-La gratitud -agregó Ketty- es la puerta del amor.

Ketty empezaba a comprender que don Aristeo podía ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podía prestar todo género de garantías.

-¿Habla usted inglés?

-No, señorita.

-¿Francés?

-Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada más lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo bon jour se ríen de mí.

La sola idea de acompañar a Ketty en su viaje estaba sacando a don Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad a la que su compadre gastaba podía ser tan dichoso como él, era para don Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el día, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debía retirarse para no ser molesto.

-Voy a pedirle a usted un favor, señorita.

-¿Qué favor?

-Que no sepa mi compadre que he venido a ver a usted; yo vine oficiosamente a avisar a usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

-Bueno -dijo Ketty-, Sánchez nunca viene en la mañana, sólo viene de tarde y algunas noches; usted puede venir si gusta.

-Tendré esa satisfacción.

Ketty fue quien alargó la mano a don Aristeo para despedirlo; don Aristeo se apoderó de aquella mano que había estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presión extraordinariamente dulce.

Se despidió don Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y las galanterías, y repitió que pronto tendría el honor de volver.

Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de despertar, aunque seguía sintiendo en la mano la impresión de la mano de Ketty.

-¡Decididamente es una mujer encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Si bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten a uno y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo mi compadre lleva ocho meses de estar pagando trescientos duros! ¡Hace bien, muy bien hecho! ¡Yo haría lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta mujer! ¡Y yo que la creía un demonio! ¡Yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre!... ¡Vamos, vamos, esto parece increíble! ¿Y ahora qué le digo a doña Felipa, que me estará esperando con tamaño boca?... ¡Vamos!, ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo... que... en fin, que he cambiado de modo de pensar, me armaría una que... ¡Dios me libre!... Nada; le diré a Doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanzas de que llegaremos a quitarle a mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentación.

Era tarde.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

